



Jornades de Foment de la Investigació

EL HUMANISMO RENACENTISTA: ESBOZO Y ACTUALIDAD

Autors

Fernando RODRÍGUEZ.

El humanismo pertenece a una de esas corrientes de pensamiento que se escabulle, no sólo de forma subrepticia a través de los siglos, sino también a cualquier definición o dogmática estricta; parece huérfana y a la vez arropada y promovida por gran cantidad de sabios, artistas o intelectuales que, mediante sus personales pinceladas, la han conformado desde sus tímidos inicios en el siglo XIV hasta las diferentes variantes e invocaciones, no siempre del todo acertadas, de las últimas décadas. A pesar de todo, a pesar de que ni hubo tomado incluso nombre hasta 1808 por los trabajos de Niethammer, se puede decir que su aparición supuso el punto de partida por excelencia de una nueva toma de conciencia ya implícita del ser humano consigo mismo y con lo que le rodeaba; sin dejar nunca de ser, asimismo, el motor en occidente de nuestro desarrollo filosófico, científico o moral, de alguna u otra forma, a través del devenir de la historia posterior, (pongamos por caso la redacción de los Derechos Humanos).

Esta vaguedad en sus principios se debe, por un lado, a que el humanismo no puede ser tomado tanto como una doctrina filosófica *sensu stricto*, como una perspectiva y una postura frente a la vida que procuró, desde el principio, sacar el máximo provecho del fabuloso potencial humano. Hemos de tener en cuenta que brota de una respuesta altamente crítica a un período de crisis histórica en la que la escolástica recalitrante y la superstición medieval ya no ofrecían soluciones ante el nuevo espíritu que se desataba. Recordemos en este sentido las críticas mordaces e irónicas de Erasmo a la Iglesia, de las que, por cierto, tuvo más tarde magistralmente que responder. Por otra parte, al pertenecer también el humanismo una corriente más crítica que puramente doctrinal, que supo muy bien mantener el equilibrio entre el optimismo y la confianza plena en el ser humano, y un escepticismo constante y ciertamente práctico, el hecho de su definición encierra, aún si cabe, mayores dificultades al adolecer de falta de contenidos sistemáticos. Además, y permítasenos sostener, por lo menos como hipótesis, que, por así decirlo, es probable que resulte tan intangible porque de alguna manera es una de las tradiciones que ha vertebrado nuestra cultura desde el Imperio Romano, pues no olvidemos que el Humanismo se enmarca dentro de ese Re-nacimiento. Esto implica que, al haber asimilado tan profundamente algunas de sus premisas y una vez que hemos llegado a madurar hasta sus concepciones, ya sea en sentido moral o en lo referente a la toma de conciencia de sus conceptos, pertenece tan indisolublemente parte de nosotros que muchas veces es imposible distinguir sus directrices de nuestros valores –o prejuicios- como especie vital hoy. Forma parte de la misma dinámica histórica que, llena de avatares y sinuosidades, es responsable de nuestro progreso y de nuestro, a veces cuestionado, crecimiento moral.

Su nombre proviene también de una fuente algo difusa, de un programa educativo que elaboró Leonardo Bruni llamado *Studia Humanitatis* –derivado de la *Paideia* griega- y que constaba de cinco disciplinas que, lejos de utilizarse como un fin en sí mismas, servían de vehículos para la educación de la personalidad, el desarrollo de la libertad y la creatividad. Se inculcaba el *iuvat vivere* -vivir es hermoso- y, sobre todo, reflejando la tan admirada época clásica, el cultivo de la *virtus* romana, concepto realmente clave dentro del movimiento humanista y que más tarde abordaremos. Tales disciplinas eran la gramática, la retórica, la poesía, la historia y la filosofía moral, cada una representando valores clave que, no obstante, no dejaban de tener cierta jerarquía a favor de la retórica, en primer lugar, y de la gramática, después.

Como ya sabemos, el humanismo se enmarca dentro del período del Renacimiento, pero sin mezclarse del todo con él. El enraizamiento de la escolástica, la perversión de la Iglesia, así como otros factores históricos de mayor alcance como, por ejemplo, el excesiva concentración de poder del Papa y del Emperador, ambos siempre en perpetua disputa, o posteriormente de los Borgias, motivaron un

cierto inconformismo en ciertos núcleos intelectuales que desearon profundamente una transformación para paliar sus nefastas consecuencias. La respuesta la hallaron en los recientes descubrimientos, revisiones -o redescubrimientos- de las ruinas y textos clásicos y sagrados, con lo que tanto la emergencia como la difusión del Humanismo se propagaron desde las Universidades, desde ciertos intelectuales que actuaban como maestros y, más tarde, mediante la imprenta. Para ello, los humanistas pretendían volver al origen del cristianismo y de los valores predominantes a través de un estudio arqueológico y hermenéutico con el fin de descubrir el origen de los conceptos libres de cualquier intoxicación, rescatándose, por consiguiente, el naturalismo. Fue, del mismo modo, inevitable una nueva interpretación de los textos que a menudo cuestionaba el posicionamiento oficial de la Iglesia y el poder, y es que el deseo de los humanistas era liberar al texto de las adulteraciones clericales. Pero lo más destacable es el hecho de haberse percatado de la perfección y los valores clásicos, contrapuestos a una superstición medieval a la que los propios humanistas tildaban como propia de bárbaros y fue gracias a lo cual por lo que volvieron a descubrir el orgullo de ser hombres por encima del peso de una autoridad arbitraria y ensimismada que no hacía más alienar y humillar a sus semejantes, encasillando e inmovilizando a las personas en nombre de Dios. En contraposición a esto, se encontraba la educación, la única forma de perfeccionar y de transformar a cualquier persona en virtuosa, ideal renacentista, provocando, asimismo, una incipiente movilidad social entre artistas o burgueses. Por tanto, si se podía transformar a una persona, sobre ésta el mundo podía ser también transformado.

En la época clásica los humanistas quedaron admirados por la superioridad moral, vislumbrando una salida digna a una situación contemporánea de la que no participaban, siguiendo sus propios métodos de redescubrimiento y reinterpretación. *“Todo ha sido dicho ya”* aclamaban, pero este tono reaccionario no dejaba de mirar hacia delante en la historia con el optimismo y la confianza nueva en la condición humana -recordemos en este aspecto la *Utopía* de Tomás Moro-. Se trataba de un estudio antropológico que procuraba sistematizar y analizar el saber, el entorno y la ética, pero siempre con contradicciones, críticas y retorcimientos. El hombre volvió a ser el centro de todas las cosas y partícipe activo de la creación divina, de ahí que la creatividad y, por consiguiente, el arte fuera valorado como un quehacer supremo. El universo era concebido como una obra de arte y la técnica, el arte y la ciencia respondían a su propia dinámica. Al contrario que en períodos medievales, donde prevalecía el inmovilismo y la pertenencia desde la cuna a una actividad y un papel determinados, ahora el sujeto podría transformarse e interactuar con lo que tenía a su alrededor. Así decía Vives: *“consideremos todo el universo como de nuestro dominio”*. Ya podríamos modificar nuestro destino y éste era el valor más aclamado por los humanistas según la admiración que profesaban a la cualidad principal de los héroes clásicos: la ya mencionada virtud, la energía suprema que emergía de la voluntad del hombre en constante lucha con la fortuna. La voluntad, como decían, precedía a la naturaleza.

Así pues, la función del humanista tenía un fin totalmente activo y pragmático, dejando de lado las erudiciones teóricas y el mundo meramente contemplativo. Sin embargo, siguiendo esta lógica, el propio ser humano fue objeto mismo de estudio con el interés que suscitaba, por ejemplo, su anatomía. Y es que si el hombre gozaba y participaba de esta voluntad divina, *“el hombre es el alma del cuerpo y el mundo es el cuerpo del hombre”*. El *“conócete a ti mismo”* volvió a adquirir un significado realmente metafísico, porque su condición concentraba en su naturaleza la naturaleza del mundo. Esta premisa que armonizaba el microcosmos con el macrocosmos, perfectamente representado en el hombre vitruviano, hizo que todas las cosas cobraran una nueva dimensión que era digna de estudio y observación y, por supuesto, potenció el individualismo y el respeto a su dignidad, de la misma forma que la *virtus* y su participación creativa y participativa en el mundo puso de manifiesto la libertad radical de su condición.

Por otro lado, el gran hincapié que se hacía sobre la retórica y la gramática formaba parte de una concepción del lenguaje como una cualidad propiamente humana que encerraba toda su riqueza expresiva y toda la sabiduría. Era el arte supremo porque servía de conexión entre todas artes y disciplinas, siendo el instrumento que daba diferentes perspectivas, y a la vez precisas, de todo nuestro mundo. Así, la ciencia nombraba y daba de alguna forma vida y valor a sus descubrimientos, y el conocimiento de las lenguas clásicas se hacía imprescindible para comprender de forma más certera las enseñanzas de otros tiempos, clásicos o evangélicos. Cabe añadir para resaltar la importancia de dicha disciplina –no olvidemos a Valla, Nebrija o al propio Ramón Llull- este afán de precisión y purificación del concepto por un lado, y de ese respeto y necesaria libertad interpretativa de los textos clásicos y sagrados por otro. Precisamente, el denominado Humanismo Cristiano, no tiene otra distinción que la de prescindir en cierta forma de mediadores o filtros oficiales interpretativos para que la propia persona elabore sus propias conclusiones y reflexiones, cara a cara, con los textos bíblicos. Así pues, nos volvemos a encontrar con esa equilibrada tensión tan característicamente humanista entre la búsqueda del *arjé* natural de las cosas y la interpretación libre y crítica, esquiva a todo dogmatismo.

De la misma forma, el estudio de la historia toma una relevancia casi mística al ser la expresión misma de la naturaleza humana, cosa perfectamente consecuente con su antropocentrismo. La información relativa al mundo antiguo aportaba luz a los ideales del presente. Consistía en el estudio de los gestos de nuestros antepasados como constructores y partícipes del carácter de una condición elegida por encima de todas criaturas, como imagen y semejanza de dios. Por la misma razón que cada hombre en particular contenía en sí todo el cosmos, la historia de los hombres reflejaría los actos designados por la voluntad que había regido su conformación. Cabe decir, que ésta es una de las ramas que más acertadamente han recuperado pensadores como Lessing o, sobre todo, Ortega mediante su concepto de “razón histórica”.

La historia era otro más de los métodos, en definitiva, que daban respuesta a ese anhelo de Leonardo de “llegar a ser universal”. En este sentido, y nuestro personaje es la máxima representación de lo que postulamos, el hombre debía de ser completo. Todo estaba tan imbricado entre sí que se debía cultivar todas las artes y las ciencias para llegar a alcanzar un verdadero saber que le transportaría a corresponderse enteramente con el cosmos y su funcionamiento. El deseo de transformar e investigar lo que le rodeaba no podría hacerse sin una perspectiva global que articulara y relacionara las cosas entre sí, de modo que se pudiera descubrir para crear. Traigamos a colación oportunamente el estudio de la proporcionalidad humana para transportarla a las artes como “medida de todas las cosas” que proclamaba Protágoras o el estudio de Leonardo de los pájaros para inventar artilugios que nos permitieran volar. No obstante, ya hemos comentado la importancia que la retórica gozaba con respecto a las demás disciplinas. El agudo y diligente uso del lenguaje preciso hablaría por sí sólo de la cultura y la sabiduría de cada sujeto. Era la herramienta de conexión que transmitía el saber y, al mismo tiempo, daba la oportunidad de replantearlo y de reinterpretarlo desde cada personalidad para lograr multiplicar y sumar cada una de las perspectivas humanas.

Esta relación entre las materias es algo que, hoy en día, tan inmersos en la especialización, puede parecernos extraño a pesar de que seguro que, cada vez más, muy poca gente, pese a practicarla, renegaría de su validez. Sin embargo, este es sólo uno de los tantos puntos que resultan interesantes de plantear para ofrecer la posibilidad de, como ya hicieron los humanistas contemplando el mundo clásico, revisar la utilidad del humanismo como una contestación práctica y viable a algunos de los problemas que aquejan a esta gran máquina en la que nos hallamos inmersos de producción y consumo, de información y desinformación o de democracia sin plena participación, sin pasar por alto ya temas más graves como el hambre o el fanatismo.

Llegados a este punto y después de haber esbozado, más a modo de recuerdo o esquema que otra cosa, algunos de los fundamentos más importantes del Humanismo originario, nos preguntamos si un movimiento tan estrechamente unido y coherente con la tradición occidental podría encararse, desde nuestro nuevo saber y nuestras diferentes interpretaciones del mundo, con el futuro de, no sólo nuestra cultura europea, sino de lo que en su mismo nombre lleva implícito: la humanidad. La pregunta es quizá un tanto ambiciosa, pero no es nada gratuita a tenor de los últimos descubrimientos científicos y la nueva cultura de redes en la que hoy vivimos.

No me voy a detener en el empleo que filósofos y pensadores posteriores han dado a la palabra humanismo. Quizá, Spinoza, Montaigne, Newton, la Modernidad ilustrada, el liberalismo, la razón histórica de Ortega, la fascinación de Nietzsche por la virtud renacentista, el humanismo cristiano, algunas bases de la filosofía del lenguaje son algunos de los ejemplos que han seguido los pasos del Humanismo, si bien es cierto que resulta difícil encontrar cualquier movimiento intelectual posterior que no haya sido impulsado, de alguna forma u otra, por este extraordinario fenómeno anclado en lo más profundo de los dos pilares fundamentales de nuestra cultura: la tradición greco-romana y el Cristianismo. No obstante, otros autores o movimientos más recientes como Sartre, Heidegger o el Personalismo que acuñaban este término, no nos atreveríamos a afirmar que siguieran esta acepción de humanismo, sino que más bien que era confundida por otra más simple, y no por ello desdeñable, que es la que hace referencia a lo que es relativo a lo humano. También Marx afirmaba que su teoría era humanista, lo que resulta tajantemente inconsecuente con los fundamentos del humanismo que iban en defensa del individuo y no de la adscripción a ningún tipo de colectivismo, sea clase social, raza, o cualquier otro que se nos ponga por caso. Por el contrario, los estructuralistas, -Marx en cierto modo era algo así, pero quizá sin conocerlo-, se declaraban abiertamente antihumanistas al contemplar la comunidad social humana como una estructura, valga la redundancia, cerrada a modo de un hormiguero. Pero en suma, y sin entrar en más debates, a pesar de todo, lo más nos podría interesar es volver a lo originario, del mismo modo que los humanistas hicieron en su momento.

Este movimiento, en nuestra opinión, resulta inaudito visto desde la óptica actual porque parece de alguna forma demasiado maduro para una época como aquella, y es que apuntaba de manera certera a valores muy actuales. Sorprende porque, a la vez que conduce al racionalismo más absoluto como el de Kant o Newton, nos sigue acompañando, quizá con más razón, después de la última filosofía sistemática de Shopenhauer y del Principio de Indeterminación de Heisenberg. A nuestro modo de ver, sólo cabe entenderlo como una brutal respuesta a unas fuertes imposiciones, acompañadas de una cierta prosperidad económica que, seguramente, también se deba a él por lo que a libertad se refería y ofrecía. Hablar, o por lo menos vislumbrar e impulsar, el individualismo, la libertad, la dignidad humana, la libertad de expresión (o interpretación), el vigor transformador o el optimismo vital debe tener un reconocimiento que nos haga inclinar la cabeza para respetarlo y profundizar, de alguna forma estos valores, a los que, hoy en día, pocas personas sensatas se atreverían a ponerlos en juicio, a pesar de que su práctica no sea, ni por asomo, del grado que, en nuestra opinión, deberían darse.

Valga la anotación de que, a pesar de ser un movimiento occidental, cabe distinguir en él ciertos rasgos de reminiscencia oriental como es la comunión con el cosmos, representado en nuestra historia por el posterior espíritu universal reivindicado por los románticos que lleva a ese “*camino hacia uno mismo*” de Novalis. No obstante, si bien la amplia tradición oriental se ejecutaba hacia dentro, hacia el ensimismamiento y la contemplación, el humanismo, quizá hastiado del confinamiento escolástico, representaba gestos dirigidos más hacia la transformación y la exploración de lo externo, como ha sido común en nuestra tradición desde La Iliada y la Odisea. Conocer lo externo para conocer lo interno, en lugar de al contrario. El humanismo daba los instrumentos para que uno mismo descubriera el mundo y

le diera una variedad de concepciones que después se las podía poner en cuestión, siendo los primeros inductores de la diferencia, la libertad y la diversidad.

Y es que, siguiendo el hilo de todo esto, la verdadera valía hoy del humanismo es la de ser una de las posturas más flexibles y que más encajan en los cultos religiosos más importantes o en los diferentes sistemas racionales, irracionales o morales, todos ellos con una postura positiva hacia la humanidad, contienen algo característico de él. Libertad, dignidad, creatividad, respeto y curiosidad hacia el mundo y hacia nuestra naturaleza, son tan inextricablemente relativos a la naturaleza humana que parecen casi irrechazables. Además, y aunque no sea un razonamiento muy ortodoxo, ¿no aleja sospechas un movimiento que no crea sistemas cerrados, que no crea escuelas, ni adeptos, que se forma de manera espontánea, que no inculca contenidos sino que enseña a debatir y a aprender, que no nos pide creencias, salvo lo que es relativo a nuestra condición humana?. Se podría debatir qué es lo propiamente nuestro, pero el objeto de estudio es lo que une a cualquier amante del conocimiento.

El humanismo ha sido ratificado actualmente por la Teoría del Caos –la fortuna- en la medida en que nos enseña no ya a dominarla, sino a ver un espacio de libertad donde las cosas más imperceptibles pueden provocar huracanes, donde cada único individuo puede causar revoluciones. La *virtus* se convierte en una realidad en el momento en que aprendemos a cabalgar sobre el azar en una entera interacción con el entorno. La Teoría Gaia de Lovelock, la autorregulación de un planeta del que todos formamos parte y en el que todos interactuamos como un todo. ¿No responde esto a los planteamientos humanistas de la correspondencia del microcosmos con el macrocosmos? A Adam Smith debemos también esa mano invisible que controla el mercado desde la libertad individual egoísta de cada uno, colocando a cada uno en el lugar que libremente escoge, en el oficio que quiere practicar de manera que, en suma, cada uno aporte desde su interés, valía y libertad su trabajo al beneficio común. Pero quizá el conocimiento haya avanzado tanto que en lugar de la especialización, se esté hiperespecializando tanto cada sujeto que al final se acabe por moldear un sistema lejano de la espontaneidad requerida y señalada por Smith. No nos queda tiempo para aprender algunas materias más que nos enseñen a interpretar el mundo con su masivo bombardeo de información que acaba por insensibilizarnos. Esto nosotros lo ponemos en duda. Todos los científicos más punteros de la actualidad y anteriores, cuando los escuchamos hablar o nos interesamos por su biografía descubrimos que son unos grandes humanistas, porque cuando se llega a tal grado de saber en un campo, inevitablemente se ha tenido que circular por todos los demás. Todo está conectado, así que lo que sugeriríamos hacer es compaginar unos estudios que contemplaran la interdisciplinariedad, sin obviar por supuesto, la práctica especialización. Como argüía Stephen Hawking, cuando el científico no llega con su ciencia a saber lo que ocurre, inventa metáforas. ¿Quién separó cruelmente la ciencia de las letras?

En España, la primera carrera que se propuso el objetivo de la interdisciplinariedad y, en cierta forma, de recobrar el sentido del Humanismo, fue la carrera de Humanidades, configurada desde la historia, la filología clásica y moderna, el arte, la filosofía o la psicología, en la que no se obviaba la informática o la historia y filosofía de la ciencia. El pasado año 2003 fue la segunda carrera que más creció dentro del ámbito estatal y su funcionamiento ha favorecido, por lo menos, la amplitud de criterio para que algunos contemplen desde una perspectiva global las contrariedades y temas de nuestro tiempo. A pesar de que se está planteando ahora la implantación de especializaciones dentro de la misma, el número de estudiantes que consiguieron un trabajo era elevado, si bien lo más significativo es la disparidad de puestos que llegaron a cubrir, demostrando con ello que la interdisciplinariedad, no sólo no está reñida con la especialización, sino que es más flexible y ofrece soluciones más eficientes y de mayor certeza que el que sólo trabaja casi maquinalmente.

Y ya que hablamos de universidades y si, como ya hemos afirmado, el Humanismo se difundió por las universidades, qué mejor lugar para volver a ejercerlo que en las nuestras, implantando asignaturas dispares y respondiendo, como hicieron los renacentistas, a un mundo cuya saturación en la información, como ocurría entonces con las ridículas disputas entre escolásticos, no deja tiempo de reflexionar, donde el poder de la veloz imagen se escape a nuestra interpretación, a un mundo donde se hace necesaria la salvaguarda de la libertad como una cuestión palpable, auténtico motor de un largo proceso histórico, y donde la creatividad, el optimismo y el progreso humano, tanto científico como moral, vayan de las mano en busca del mejor de nuestros mundos posibles. Sólo queda, pues, incitar a que redescubramos nuestras raíces.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDRÉ CHASTEL – ROBERT KLEIN, *El Humanismo*, 1971
- COLOMBO, CELIA, *El Humanismo y el Renacimiento*, 1990
- ERWIN SCHORÖDINGER, *Ciencia y Humanismo*, 1985
- www.artehistoria.com/frames.htm?http://www.artehistoria.com/historia/contextos/1849.htm
- www.idd00qaa.eresmas.net/ortega/human/historic.htm
- <http://members.fortunecity.es/robertexto/archivo12/humanismo.htm>